

Itinerarios por las Alpujarras

Un camino por Tímar y Juviles Anne Maríe y Katerina
La Acequia Real de Cástaras · **Un camino de agua de Trevélez a Cástaras** José Pastor
Otro viaje de leyenda Carlos Gil Palomo
El juego y el exilio Juan Cruz López
Una noche de verano Jesús Ardoy
Nostalgia Rakel Rodríguez



ediciones RaRo

Un camino por Tímar y Juviles Anne Maríe y Katerina
La Acequia Real de Cástaras • Un camino de
agua de Trevélez a Cástaras José Pastor **Otro viaje**
de leyenda Carlos Gil Palomo **El juego y el exilio** Juan
Cruz López **Una noche de verano** Jesús Ardoy **Nos-**
talgia Rakel Rodríguez



ediciones RaRo

Depósito Legal: J-150-2004
© ediciones RaRo, 2007
Fotografías de Anne Marie, Katerina, Kate, Jose y Carlos
Impresión: Digital Gami, Granada
Diseño Gráfico: Thomas Donner, Los Escullos (Almería)
Impreso en España

Índice

Un camino por Tímar y Juviles	7
Anne Maríe y Katerina	
La Acequia Real de Cástaras	
Un camino de agua de Trevélez a Cástaras	13
José Pastor	
Otro viaje de leyenda	17
Carlos Gil Palomo	
El juego y el exilio	27
Juan Cruz López	
Una noche de verano	31
Jesús Ardoy	
Nostalgia	35
Rakel Rodríguez	

Un camino por Tímar y Juviles.

Anne Maríe y Katerina

Hace mucho tiempo, que había un Fuerte encima del cerro. Hace mucho tiempo que ya no existe, pero el cerro todavía lleva su nombre. Nosotras vamos a tomar los viejos caminos de mulas, unos caminos por donde transitaremos, siendo la primera generación, después de cientos de años, que puede disfrutarlos tranquilamente; escuchando los cantos de los pájaros, disfrutando del paisaje, observando las huellas del tiempo... ya que antes estos caminos, sendas y veredas sólo se utilizaban por necesidad. Y estos lugares, que ahora os invitamos a recorrer, nos hablan de la historia, las tradiciones y de la cultura de esta zona, las cuales, siempre estuvieron estrechamente relacionadas con la naturaleza.

Nuestro paseo empieza pocos pasos arriba del cementerio de Tímar. Es la ruta medieval (PRA299), la que vamos a seguir hasta el pueblo de Juviles. Pasamos una era con su aventadora, donde tenemos una buena vista a otra era, a la acequia, a la alberca y al Peñón Hundido —un sitio arqueológico como os dice el panel informativo de la ruta—. Las numerosas eras nos recuerdan las antiguas labores del campo. Las aventadoras están allí, perdidas y bien protegidas, todavía demasiado jóvenes para un museo.

De la era pasamos bajo una gran chimenea y otros restos de la fábrica de mercurio. Entre los años 1910 y 1936 había dos

minas subterráneas de cinabrio, cuyos minerales eran transportados hasta la fábrica en vagonetas tiradas por mulas. Un dato interesante que nos pareció increíble, es el de que un litro de mercurio pesa 11,5 kilogramos. Paco Jiménez Rodríguez, de Tímar, que trabajaba allí, nos dijo que una vez encontraron el mercurio puro, en forma líquida. Este hecho ocurría muy pocas veces, pero nada es imposible en esta región de extremos. Continuamos subiendo tranquilamente y, tal vez, con un poco de suerte, podamos ver cabras monteses. Les gusta la ladera rocosa de la derecha, siempre bañada por el sol. En Sierra Nevada, las cabras monteses, forman una de las poblaciones más importantes del mundo, y, por ello, son los animales emblemáticos del Parque Natural de esta Sierra.

Dejamos las rocas atrás y entramos en el valle salvaje del río de Nieves. Un poco más lejos, a la derecha, vemos una antigua acequia. Los alrededores forman parte de un ecosistema donde predomina la vegetación de tipo mediterráneo: torvisco, pendejo, cresta gallo, crujía, hiniestra, lechiterna, jara blanca, azucema, zamarilla, uña de gato, carrasquilla, etc. También encontramos numerosas especies de tomillo y el romero blanco, con sus dulces flores para las abejas. En el valle, hace tres años, se instaló una pareja de águilas perdiceras.

Atravesamos un pequeño río (en verano sólo un cauce seco) para observar de nuevo la vegetación del principio. Pasamos cortijos y bancales abandonados, los cuales nos recuerdan que la gente vivió y trabajó aquí hasta no hace mucho tiempo. Caminamos entre olivos, almendros y bancales regados. Las acequias, construidas por los árabes, son aquí fundamentales para la existencia, como en toda La Alpujarra. Las rocas y las encinas completan este camino pintoresco.

Después de una hora andando, siempre suavemente cuesta arriba, llegamos al pueblo alpujarreño de Juviles. En él podéis recuperar las fuerzas en sus bares, pasar un ratito en la piscina, o comprar un rico jamón donde Mari Carmen. Con un clima conveniente, a una altitud de 1260m, el jamón de Juviles tiene una excelente calidad y compite con el cercano pueblo de

Trevélez, por la primacía del secado de los perniles. Si os interesa más la piedra que la comida, mejor que vayáis a la pequeña plaza, con su fuente y su iglesia. En la iglesia, una veleta o giralda, con la luna mora, hace que esta iglesia, del siglo XVI, de estilo múdejar, sea única en La Alpujarra.

Tras el placentero descanso, tomaremos el camino del Fuerte, que comienza justo por detrás del secadero de jamones (sigue los indicadores GR 7-142 o FUERTE). Bajando unos 400 metros hacia un arroyo, podéis hacer un alto en el camino y probar las moras de los morales que hay en los alrededores (si no tenéis miedo de mancharos con su sangre). Sus hojas sirvieron de alimento a los gusanos de seda. Entre los siglos X y XIV la producción de la seda fue una actividad importantísima en la Tahá de Juviles, que comprendía más o menos unos veinte pueblos (también las poblaciones de Cádiar y Trevélez). Especialmente en el siglo XIV, la seda de esta Tahá (con 6400 habitantes) tuvo una gran fama, con sus 1600 morales cultivados alrededor de Juviles, todos en regadío. Para su desgracia, el valor de este producto fue disminuyendo en importancia y los árboles siguieron un destino parecido. Con la entrada del algodón, los morales desaparecieron de La Alpujarra.

Un buen sitio para refrescarnos, o echar una siesta, es la Fuente Agría. El camino no está indicado, pero tras cruzar el arroyo de la Umbría, hay una pequeña senda a la izquierda que poco a poco se va perdiendo entre la vegetación. Pero no hace falta llegar muy lejos, tras unos 200 metros ya vemos un claro y el nacimiento del manantial que, a su paso, deja un lecho anaranjado. Este agua, con abundante hierro y otros minerales, de sabor amargo, no gusta a todo el mundo, pero sus virtudes curativas son reconocidas por la población y todos, además, pueden aprovecharse de la frescura y de la sombra de los árboles para descansar, darse un respiro y coger nuevas fuerzas para subir al Fuerte. Seguimos el camino, hasta un cruce, donde tomamos el de la derecha. Después de otros 200 metros atravesaremos unos terrenos grisáceos. Es la famosa launa, el material indispensable y tradicional para la construcción de los techados

aplanados alpujarreños: los terraos. Cerca, el camino se bifurca. Para llegar a el Fuerte tomaremos el de la derecha y subimos. Llegamos al punto culminante del cerro (altitud 1300m). Lugar al principio que se nos antoja árido y abandonado, con algunos viejos almendros. Pero, escondida y disipada en el entorno, descubrimos los restos de la antigua y extensa fortaleza árabe. En la entrada se observan los orificios que sirvieron para fijar los goznes de las puertas. También podemos distinguir los enclaves de los fosos, rellenos de piedra y una era al norte. Existen tres aljibes, dos al lado oeste y otro junto a la puerta norte, así como los restos de dos pequeños hornos. El contorno amurallado tiene un perímetro total de 500 m. de longitud. La muralla, según parece, tenía nueve torreones. Para los interesados en saber más de la historia de este fuerte hay una página web www.la-alpujarra.org/timar/historia_elfuerte.htm, que merece la pena visitar.

También en Juviles, si la sala de los ordenadores está abierta, podemos ver la maqueta del Fuerte. Una maqueta hecha por un admirador de la historia, Juan Ramón, que dejó Barcelona para pasear y disfrutar de estas tierras alpujarreñas. Después de un rato por la historia, volveremos al mismo camino del GR 7 y continuaremos hacia Tímar. Cerca, en el camino, podemos ver los restos abandonados de los hornos de cal, las caleras. Esta cal fue apreciada por sus propiedades desinfectantes y ha dado un aspecto mágico a las blancas aldeas alpujarreñas. Un poco antes de llegar al alto podemos ver un arbusto pegado a las peñas, el carrasquillo, una planta emblemática de Andalucía. Por este lugar también encontraremos muchas plantas medicinales —la azucema o alhucema, por ejemplo—, a menudo utilizada por los autóctonos para ahuyentar las polillas de los armarios roperos (podéis leer el interesante libro de Carlos Gil Palomo: *Sobre las plantas silvestres de Cástaras*). Bajamos, tranquilamente, por el barranco de La Cimbua o de los Molinos, a nuestra izquierda, desde el cerro del Fuerte. Desde este sitio se nos abre la vista de Lobras y de Cádíar, y también se divisa gran parte de la sierra de la Contraviesa, paralela al mar, con

sus viñedos y almendros en secano. Al llegar a Tímar descendemos sus pequeñas calles estrechas y silenciosas hasta una preciosa plaza, a la que dan sombra unos álamos silvestres (olmos) y, más adelante, un gran aliso. La iglesia y su fuente, casi de parada obligada, nos reconforta a falta de un buen vino y una tapa. Pero como dijo el filósofo **placeres sencillos**. Aquí no hay bares, no hay colegios, hay poca gente, pero los pocos que hay, intentan que su pueblo siga vivo. Cerca de la fuente hay un panel informativo, que no se os olvide leerlo antes de salir. Rocío, de Juviles, nos dejó un viejo libro escolar, con unas hermosas leyendas e ilustraciones: **Viaje en el mundo de las leyendas Alpujarreñas** de Katia Fersing y nosotras, para terminar, os contamos la siguiente:

El Fuerte de Juviles

En lo alto de los Tajos a los que llaman el Fuerte, se alzaba un castillo moro que los Reyes Católicos mandaron destruir. Allí quedaron enterrados tesoros, monedas, sables, alfombras mágicas... Cerca de una era existe la entrada a una antigua mina que los moros cavaron hasta lo hondo del barranco de La Cimbua para ir a por agua. La leyenda cuenta que de esta mina parte un túnel que baja al interior de El Fuerte y llega a un río subterráneo. Para conseguir cruzar este río la única condición es llevar consigo un palo de moral podrido. Tras cruzar este río encontraremos una puerta que da a un palacio moro, rebosante de tesoros... Nunca se encontró la boca del túnel, ya que, según se dice, estuvo enterrada por ser peligrosa para los niños. Estas dos caminantes no encontraron el tesoro moro, aunque lo buscaron, pero han encontrado otras cosas, otras historias, otras palabras, otros vinos, otras formas de disfrutar de la vida y del camino.

Fin.

La Acequia Real de Cástaras. Un camino de agua de Trevélez a Cástaras.

José Pastor

Los viajeros y caminantes que recorren esta zona de La Alpujarra, con frecuencia se asombran de la gran cantidad de agua, frescor y paisajes que encuentran en sus paseos. Pero más se sorprenderían si analizando la pluviometría y las temperaturas de esta región, comprobaran que los datos corresponden, en su mayor parte, a un clima árido. Este agua, que salva de ser un secarral estas sierras, proviene fundamentalmente del deshielo de Sierra Nevada. Pero no sólo con el agua de este deshielo se hubieran originado los paisajes típicos de La Alpujarra. Ya que este paisaje, del que disfrutamos en parte, se lo tenemos que agradecer a toda una serie de acequias y canalizaciones que tienen su origen en la época en que estas sierras eran habitadas por los musulmanes. Toda esta red de conducciones de agua van a aportar al paisaje ese frescor, esa vegetación (y su fauna asociada), esas huertas y esos pueblos que tanto asombran al caminante.

El viajero que esto escribe siempre se sintió atraído por la cultura del agua y todo lo relacionado con ella. Y en estos caminos que va describiendo y recorriendo, encuentra numerosas e interesantes manifestaciones: fuentes, lavaderos, molinos, abrevaderos, puentes, baños, acequias...

Hoy se quiere centrar en la Acequia Real de Cástaras y

para ello sube hasta el pueblo de Trevélez. Desde allí siguiendo cuesta arriba el curso del río Trevélez, llegará hasta un paraje donde una parte del caudal del río, la presa, es derivado para dar comienzo a la Acequia Real de Cástaras.

Al poco tiempo de iniciar el paseo, salen al paso del caminante majestuosos y centenarios castaños que en el paraje del Barranco de los Castaños forman un soto (coto llamado por estos pagos) que tiene algo de mágico, una cascada y una gran belleza. La Acequia Real de Cástaras está excavada en la tierra y en la roca, y el camino que lo bordea es estrecho y frágil, muy frágil y hay que mirar dónde se ponen los pies. La ruta serpentea apaciblemente entre pinares (silvestres, laricio y resinero), castaños y encinares. Y algunos cerezos (plantado por los acequeros para refrescarse con sus frutos, allá por el mes de junio), mimbreras, rascas, álamos (para sujetar los taludes de la acequia)... y lugares donde bañarse, o hacer fotografías, leer, sestear a la sombra, escribir, mirar las nubes, las truchas...

Es un paseo acompañado por el rumor del agua y, de cuando en cuando, del chapuzón de una rana o del canto de un pájaro. El viajero durante este paseo que le llevará a Cástaras, pudo observar o escuchar las siguientes aves: arrendajo, carbonero común, carbonero capuchino, mirlo, mito, agateador común, ruiseñor común, pinzón vulgar, gavián, águila calzada, pico picapinos, un cormorán común en la pantaneta de Cástaras, un tipo de curruca que no supo apellidar, el multicolor abejaruco y la amarilla oropéndola.

La Acequia Real de Cástaras, como la gran mayoría de acequias que hay en La Alpujarra, tienen los llamados criaderos. Estos criaderos son zonas llanas donde el agua se estanca para irse infiltrando poco a poco y así aprovecharla para el regadío o el abastecimiento humano en el período estival, disponiendo, de esa manera, de una cantidad más regular durante todo el año. Estas acequias, como el viajero descubrirá en su paseo, tienen una gran importancia, tanto para mantener el agua en la cuenca durante más tiempo, como para el desarrollo de una

vegetación característica alrededor de ella, aumentando así la diversidad de hábitats de la sierra. Una forma inteligente y práctica de aprovechar y gestionar el agua.

Pasando la pantaneta que abastece a Cástaras, el agua de la acequia empieza a ser repartida, con más frecuencia que en su tramo alto, a cortijos, caserías, pastizales, huertos y cultivos. Bajo la acequia y al otro lado de la carretera existe una plantación de fresas, que el viajero cree que es la principal beneficiada con este agua que baja de Trevélez. Al viajero le dijeron que parte de este agua se lleva a la costa y que además hay un proyecto para aumentar esta cantidad. El viajero que ha pasado muchas horas hablando y bebiendo vinos con las gentes de estos pueblos, sabe que mientras en Cástaras hay gente que no puede regar, en la costa enseguida que les escasea el agua, suben a pedir o a exigir para que ésta les llegue hasta ellos. Si la tierra es para quien la trabaja, el agua también debería ser para los que mantienen y cuidan estas acequias. Pero el viajero prefiere no darle muchas vueltas al asunto y sigue su camino. Junto a un castaño enorme a la altura del Barranco de la Fuente Solís o del Gayumbar, almuerza y se echa una siesta. A partir de un momento, el camino que bordea la Acequia Real se interna entre barrancos y castaños y nos es imposible proseguir. Así que el viajero baja hasta la carretera, para desde allí llegarse a Nieves. En Nieves para a tomar un café donde Matilde y Manolo; allí Matilde le lee las poesías que ha escrito últimamente. Las poesías de Matilde hablan de su pueblo, de sus hijos, de su gente, de sus sentimientos... al viajero le gusta escuchar otras voces, así que en todos sus paseos gusta detenerse a hablar con las gentes. Cuando llega a Cástaras, bebe agua de la fuente de los cuatro caños, que viene de un criadero, y en los escalones de la placeta se sienta a escuchar a la fuente, a Guillermo, a Miguel, a José Santos, a Paco padre que viene de recoger avenate con su mula...

Ya tumbado, en la cama, se deja arrullar por el agua y los sueños.

Otro viaje de leyenda

Carlos Gil Palomo

Aquí me toca ahora contar una vieja historia que chapurreaban los antiguos de este pueblo y que no hará tanto tiempo que escuché embelesado, sentado, en la plaza de los cuatro caños. Como todas las leyendas de este mundo, tiene algo de verdad y algo de mentira, pero eso en estos momentos no tiene mucha importancia.

Érase una vez una pequeña región, bastante dura, soleada y algo salvaje por aquellos tiempos, en donde los habitantes que fueron de este lugar, cultivaban la tierra y recogían con esmero los frutos que del campo crecían. Las cosechas, con el paso de las estaciones, no fueron lo suficientemente cuantiosas para todos sus vecinos, y, del suelo calizo y de los prados llanos, parecía poderse obtener, todavía, mucho más.

Por esas fechas, se utilizaba sólo el agua que circulaba por los barrancos y el de algunas de las fuentes que manaban. Aunque este agua, que aquí llaman remanente, era muy buena, de fina calidad y alguna hasta medicinal, también era escasa e intermitente. Hasta que alguien se detuvo a pensar, que siempre los hay, e ideó un plan siniestro y faraónico: una acequia. A partir de aquél entonces cambiaría para siempre el paisaje y la forma de vida de los austeros y trabajadores habitantes de este concejo, que por esos días no lo era.

El ingenio no era fácil de realizar, y sólo había un sitio posible desde donde obtener el agua, el río Trevélez, de corrientes abundantes y heladas. La longitud, de unas dos leguas; la pendiente debía de ser constante y uniforme; y, su trazado, el más fácil, entre tajos y rocas, para que su construcción fuera viable. El tiempo ha embellecido esta obra de ingeniería, mimetizada en la ladera y bordeada de un arbolado especial. Así nació una vega extensa, de álamos, castaños y olivares. Entre las huertas, frutales, y, como en otras tahás de La Alpujarra más precoces, ya se podían obtener dos cosechas por campaña. Los excedentes del riego mantenían, aguas abajo, los molinos de pan que ya podían moler una gran parte del año. Como un pequeño estado en miniatura, poco se necesitaba del exterior: algún que otro pescado, alguna bestia de carga y poco más, pues había caza, leña, yerbas curativas, churrasca, y, desde ese momento, un agua abundante en cantidad y calidad. Trabajo, también había mucho trabajo, que no todo puede ser perfecto, como luego el tiempo confirmó, y las hazas situadas en los bancales hacían la labor demasiado penosa.

Dicen los que leen, que existe o existió en la Hermandad unos textos en escritura morisca que explicaban el complejo funcionamiento de la acequia. Todo un arte del que participaba casi toda la comunidad de vecinos y, cada quince días, vuelta a empezar con otro turno de riego. Tal era su importancia que los antiguos llamaron una madre a la unidad de medida del agua, y por aquí siempre se ha dicho “agua (del cielo) por San Juan, quita vino, aceite y pan”, pero desde el suelo, a manto o con goteo, es otro tipo de sustancia preciosa, sólo superada por el vino y algún que otro orujo, que siempre es necesario meter alguna alegría al sufrido cuerpo.

Se dice Real, piensan algunos, porque el concejo de Cástaras y Nieves pertenecía al realengo y el rey tenía la potestad en las rentas que de aquí se producían. Antes de que esto se despoblara, se sembraba trigo, centeno, maíz, cebada, garbanzos, habichuelas, habas, lino, vino, aceite, higos. Todavía se sigue

cultivando, pero ya no es lo mismo. Aún así, los barrancos mantienen el agua y el frescor propios de un lugar serrano, y la acequia permite, con su aportación, que los arroyos y muchas de sus fuentes sigan vivos. Como todo aquél que contemple desde la distancia este territorio, sus gentes y leyendas.









El juego y el exilio

Juan Cruz López

A Jose y Carlos

Un hombre recorre con la mirada los confines de la habitación donde hace más de diez años vive con lo poco que se pudo traer de la ciudad. Aprecia las manchas de humedad, las madejas de polvo que un pastor invisible conduce de lado a lado de la alfombra. Es el tiro de la chimenea quien las guía, se dice mientras piensa en la inexplicable confortabilidad que le brinda un cuartucho donde por sola decoración tiene las fotos de un pasado que sabe irremediamente perdido en el saco del dolor. Porque es eso, precisamente eso, lo que le hizo dejar la ciudad, el trasiego indiferente del gentío. Porque fue eso y algo más... Algo que ignora pero que sabe que está dentro de esa historia que desde hace años escribe, afanado en un viaje de ida y vuelta que parece no acabar nunca. Un libro que se retuerce sobre sí mismo y que nunca termina. Porque sabe que es eso lo que ha venido a hacer allí y teme que cuando la historia muera tal vez no le quede más remedio que salir a la nieve, dejarse caer y esperar a que le cubra la bruma como el río arropó el último sueño de Virginia Woolf. Y piensa en lo irremediable de la muerte. Observa el fuego, mira sus manos. Hay un dolor que amasa su día a día pero lo sabe controlado. Como si el hombre que ahora es supiera domar los terrores que aún siente como propios del pasado. Tal vez intuye que aquella habitación, aquella casa, aquel pueblo perdido en plena Alpujarra le ha salvado de una vida que, con casi toda seguridad, le hubiera obligado a

enajenarse de sí mismo, y eso nunca... Sonríe. Observa a través del cristal la sana jovialidad con la que un par de niños pelean de igual a igual sobre el manto que forman las primeras nieves del invierno. Mira y piensa en lo extraño que le resulta el sabor de ese café... Tal vez no quiera saber o darse cuenta de que es entonces, precisamente entonces, cuando está siendo feliz... Se da la vuelta y apunta en un papel un par de líneas... Y es el exilio el testamento que me hice a mí mismo cuando era joven y aún me quedaban ganas de salvarme de lo increíble... Las tacha. Quizás piense que una pregunta menos es un trozo perdido de lo que se ha sido e intenta concentrarse en la novela. En el capítulo que escribe un antropólogo español medio tarado busca en un pequeño pueblo del oeste de Estados Unidos el manifiesto fundacional de un grupo de poetas salvadoreños que se perdieron en el desierto. Le gusta tanto esta parte que sabe que quizás esté escribiendo demasiado rápido y por eso de vez en cuando, muy de vez en cuando, baja a la cocina para hacer café, sale a la calle para tomar algo en el bar o pasea por la nieve... El objetivo es hacer de esa historia un salvoconducto que le permita sentirse digno. Esa es la única verdad. Se levanta de la mesa, deja el manuscrito sobre un sofá y se contiene. Recuerda las palabras de una mujer... No hagas de tu historia una carta de suicidio y, sobre todo, contén el ansia de parecer quien imaginas. Asesina a tus personajes cuando acabes o te traerán la ruina. La historia que escribes te comerá si te descuidas. Y siente un escalofrío. Tal vez pensar en su propia felicidad le asfixie, pero hasta qué punto es posible hacer de una novela una nueva forma de autodestrucción. Quizá ese pueblo, la nieve, le salve una vez más de sí mismo y le otorgue juicio. Apura el café. Mira por la ventana... Uno de los niños que jugaban a pelearse tiene un ojo hinchado y sangra con abundancia. Lloro y no parece encontrar consuelo. Su amigo le abraza. Nuestro hombre piensa en las posibilidades que tiene de vencer a la desesperanza. Escribe... He llegado hasta aquí para no abandonarme. La traición mayor que uno puede hacerse pasa inexorablemente por la renuncia a lo que uno espera de sí mismo y en mi caso hay una

historia que debe ser contada. Esa historia ha de llevarme a la tumba. Superar el dolor significa entender qué de mío tiene el lugar donde habito. El exilio interior como imagen de un paisaje que se mantiene puro. La nieve como testimonio de lo doloroso y áspero de la belleza. Toda creación lleva dentro el testimonio de lo marchito, de la muerte... Pero mi historia no ha acabado. Y esta vez no piensa tachar lo escrito. Sobre la nieve un rastro de sangre le recuerda cuál es el precio que hay que pagar por todo juego.

Una noche de verano

Jesús Ardoy

Con un cielo enorme lleno de estrellas y un cuarto creciente que me sonreía desde lo alto te miraba y la luz de la luna entraba por la ventana de la habitación y tú estabas dormida y yo no había podido pegar ojo de tanta felicidad y porque las campanas de la iglesia de este pueblo no paran de sonar como si a alguien le hiciera falta saber qué hora es a cada momento de la noche o como si quisieran éstas indicarme cuánto faltaba para que llegara el alba y tú y yo volviéramos a la realidad y no quedara nada en aquella habitación que era en ese momento el mejor lugar del mundo así que te miraba dormir y miraba la luna y quería que te despertases para seguir amándote pero mientras pensaba en todas las cosas que habían ocurrido aquel día de verano el paseo por el barrio alto refrescándonos la cara en cada fuente y en cada alberca saludando a los paisanos y volviendo luego hambrientos al bar de los chicos melencidos que siempre andan escuchando música y bebiendo y leyendo y jugando al fútbolín les ganamos creo recordar hasta eso nos salió bien y lo celebramos con una cerveza bien fría con su tapa de jamón correspondiente y estuvimos charlando y comimos con ellos unas papas a los pobres y unos filetes y luego un poco de orujo para la digestión y cuando nos entró la pereza de después de comer nos miramos y nos hicimos los remolones un poco pero estábamos deseando irnos a dormir la siesta o más bien a trenzarnos el uno al otro y besarnos como si mi boca cupiera

dentro de la tuya y la tuya quisiera devorar la mía así que nos levantamos y dijimos que nos disculparan y nos dirigimos a la pensión de los chicos del bar y subimos a la primera planta que está más fresquita en verano y nos tumbamos en la cama abrazados y cansados pero pronto comenzamos a besarnos y a mirarnos uno dentro del otro a ver qué veíamos y nos quedamos durmiendo sin darnos cuenta casi como nos habíamos tumbado al despertar nos quedamos un rato charlando hasta que nos despertamos y volvimos al bar a tomar una de esas infusiones que hace uno de los chicos y que tanto te gustan y también me gustó a mí aunque yo tuve que echarle azúcar luego dimos un paseo por el pueblo para luego salir por el camino del cementerio desde el cual había una bonita vista y nos quedamos así callados mirando el horizonte y el atardecer y mirándonos a nosotros mismos allí en ese lugar que casi acabábamos de conocer pero nosotros también casi acabábamos de conocernos y todo resultaba extraño y maravilloso al mismo tiempo y al volver se estaba muy a gusto en la terraza del bar y tomamos unas cervezas hablando con los chicos de cómo iba el negocio y de la curandera y sus enfermos que lo son más del alma que de otra cosa y de las plantas y de los forasteros y de los andarines y de las curiosidades de las vecinas del pueblo y del pan y de lo bien que se estaba allí estos días en que todo surgía nuevo sin el hastío de los años y de la soledad y los perros jugaban en la plaza y los gatos vigilaban por si alguna tapa caía del plato y nos reímos y nos reímos y nos reímos hasta que no pudimos reírnos más y así llegó la noche estrellada con cuarto creciente que comenzó a sonreírme desde lo alto y nos miramos y decidimos sin hablar que nos íbamos a la pensión así que nos despedimos de los chicos que siguieron allí mucho rato más como siempre bebiendo y charlando charlando y bebiendo y tú y yo subimos a la habitación y nos quitamos la ropa sonriendo y besándonos sin prisa y cuando abrí la ventana entró un chorro de luz blanca y los dos nos quedamos mirando la luna y nos besamos mucho rato y lo hicimos como si al día siguiente nos fuéramos a despedir

para siempre y en realidad podría ser así y nos quedamos abrazados hasta que tú te dormiste y yo seguí sin soltarte y sin poder dormir por miedo a que llegara mañana y entonces me di cuenta de las campanas y las fui contando y las odié un poco por marcar el tiempo así que te abracé más fuerte y sonreí porque había conseguido ser feliz por un día en este pueblo de la Alpujarra de cuyo nombre de agua que cae y de piedras siempre me acordaré...

Nostalgia

Rakel Rodríguez

Hace unos años alguien me dijo que en un pueblo perdido de la Alpujarra granadina había una librería, que hacía las veces de bar, o tal vez era un bar que hacía las veces de biblioteca. La cuestión es que esa afirmación consiguió levantarme las ganas de viajar, después de un tiempo de inactividad y desgana. Así que arranqué el motor de la vieja ranchera, metí en una mochila las pocas cosas que tenía y salí de una ciudad lluviosa del norte rumbo al sur.

El viaje a este pueblo, Cástaras, no es fácil, viene en los mapas, pero son más los que llegan allí perdidos que los que van a conciencia. Primero hay que ir hacia Granada y coger la carretera de Motril, luego pasar Lanjarón, Órgiva y Torvizcón. De este último empieza una carretera que indica a unos pocos kilómetros un desvío a Almegíjar. Y subir, todo es subida en una carretera estrecha y llena de curvas (se aconseja viajar sin resaca) hasta que hay un desvío hacia Trevélez, pero ese no, hay que continuar todo recto hasta que se vislumbra Cástaras. Desde lo alto de la carretera su visión es hermosa, es la primera vez pero la piel se me eriza, como si yo hubiera estado allí antes.

La Alpujarra es una zona dura, como toda zona acostumbrada a la dureza y a la resistencia, sus habitantes tienen un mucho de resistentes “unos se embelesan, nosotros resistimos”, pienso mientras les observo. Sin embargo me sorprende su verdor,

no sé porqué tenía la idea de que iba a encontrarme un paraje más árido, pero por un momento me parece estar en un valle asturiano.

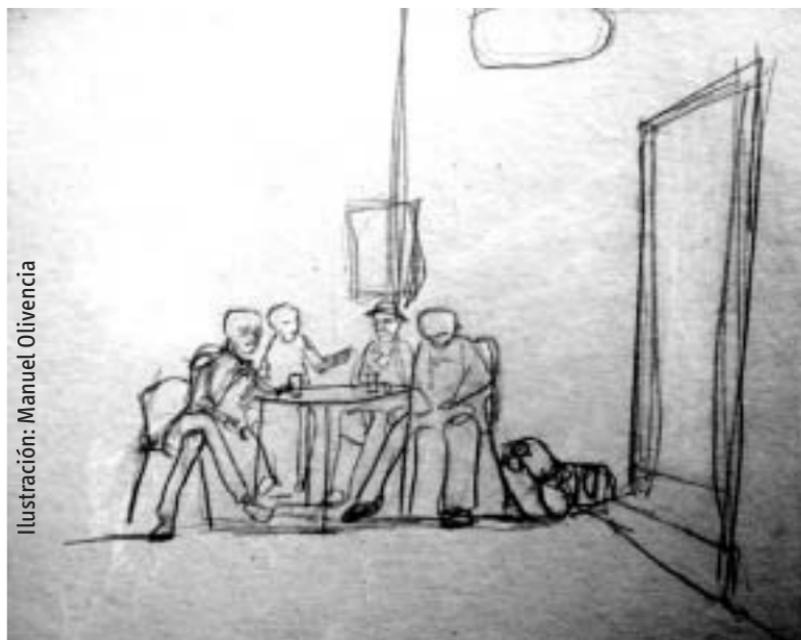
Pero estamos en Cástaras, sus gentes tienen rasgos duros, mirada inquisitiva, manos trabajadas, de pocas palabras. No les hace mucha gracia la gente que viene de fuera, no les hace mucha gracia que tengas las manos demasiado finas, que sonrías demasiado, que hables demasiado. No son amistosos de entrada pero es que viene mucha gente por estos lares, que aparecen y desaparecen sin dejar rastro. Mientras, ellos resisten. Por eso cuando te quedas un día sí y otro también empiezas a descubrir su familiaridad. Si te descuidas, acaban por cuidarte como a un hijo, con mala follá, pero con un cariño inmenso, con cierta sorna, pero con un amor incondicional. Así son los castareños. Además muchos tienen su propia huerta y cuando llega el tiempo de los tomates, hay tomates para todos, si es de calabacín, calabacín o habas o pimientos... pero eso lo descubriré más tarde.

Pienso que puede sentarme bien este pueblo. No me gusta la gente, soy un ser solitario y odio hablar por hablar, no lanzo muchas sonrisas tampoco, y padezco de nostalgia crónica, tal vez este sitio no me haga peor.

En la plaza de la iglesia, cuatro tipos se apoyan en el poyete, en silencio, me observan, tienen curiosidad por saber dónde voy. Pero yo sigo adelante, después de haberles dirigido un leve movimiento de cabeza, veo la fuente de los caños, me llama la atención, bebo, me refresco. Un poco más adelante veo el bar del que oí hablar, o la librería que tenía un bar.

Entro y nada más traspasar la puerta veo el cartel “Unos se embelesan, nosotros resistimos”. Es un bar, sí, pero con estanterías llenas de libros Gerald Brenand, Richard Ford, Mark Twain..., guías de plantas, rutas de gran recorrido, muchos libros de viajes...

Cuando quiero darme cuenta han pasado varias horas, me han dado de comer un menú del día rico y barato. Y sobre todo me doy cuenta de que estoy sonriendo, de que a mi alrededor hay más gente, me han dicho sus nombres, uno se rasca



la cabeza, por debajo de la gorra, otro insiste en que juguemos al futbolín, que no, por décima vez, los tipos que llevan el bar leen, yo también. Hasta que alguien dice que es hora del paulo, muy bien, digo, pues a jugar al paulo.

Voy dejando que pasen los días, hay decenas de rutas que hacer y el paisaje es hermoso. Me dicen que podía alquilar la antigua casa del maestro por un precio que me parece más que razonable. Me dejo llevar y digo que sí. El tiempo pasa, llevo mis libros a la biblioteca-bar, hay que poner más estanterías, pues se ponen. Y pasa el tiempo, en el pueblo la vida continúa con una cadencia tranquila y reposada, se hacen talleres de plantas, de rutas, de vez en cuando vienen andarines a los que me he acostumbrado a guiarles y hablarles de la zona, me llaman el Historias porque siempre tengo alguna historia que contarles, como esta que os cuento, del día que llegué a Cástaras y sin darme cuenta me quedé. Ahora que han pasado unos cuantos años, pienso que tal vez debiera coger la mochila y buscar nuevos lugares y cuando llegue el día me llevaré en primer lugar ese

cartel “Unos se embelesan, nosotros resistimos” y también el rumor del agua y las preguntas cansinas de Grabié y los ratos con los Pacos, recordaré las tapas de la Matea, la conversación de Santos, los acentos de Juana, Patrick, Ana Marie o John poco trigo, los silencios en la Posada, y sobre todo mi lugar favorito para leer al pie de la piedra picá y alguien ocupará mi lugar y empezará diciendo “aquí en este pueblo antes vivió un tipo que contaba historias a la gente” hasta que un día ya nadie hable de mí, y yo me acordaré de este pueblo en el que durante unos años conseguí esquivar a la nostalgia...

Libros sobre Las Alpujarras de Ediciones RaRo:

“Sobre las plantas silvestres de Cástaras” de Carlos Gil Palomo

Colección “Itinerarios por Las Alpujarras”:

“Paseo a los Baños del Piojo”

“Camino al Portichuelo”

“Por Juviles y la Acequia Real de Cástaras”

Últimas novedades de Ediciones RaRo:

“Sin”, poemas de Rakel Rodríguez.

“Cuidado con el perro”, poemas de JPG.

“Al Cabo de todo”, relatos de viajes sobre el Cabo de Gata.

“5 raras”, poemas de cinco mujeres de Jaén.

Más información:

edicionesraro@hotmail.com y edicionesraro@yahoo.es

Este librito se terminó de imprimir en junio de 2007
en los talleres de Impresión Digital Gami, Granada

